

HENNEO MEDIA S.A.

Presidente: Fernando de Yarza López-Madrado
 Consejero Delegado: Íñigo de Yarza López-Madrado
 Director de Medios: Miguel Ángel Liso Tejada

HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S.L.U.

Presidenta: Paloma de Yarza López-Madrado
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director del Negocio Prensa: Ignacio Martínez de Albornoz
 Gerente de Medios Regionales: Eliseo Lafuente Molinero

Director: Miguel Iturbe Mach

Subdirector de Información: Santiago Mendive. Subdirectora de Desarrollo Digital: Esperanza Pamplona. Redactor-Jefe de Organización y Cierre: Mariano Gállego. Adjunto a la Dirección

para Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes. Economía: Luis H. Menéndez. Municipal: Manuel López. Digital: Nuria Casas. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

LA FIRMA | Por Carlos Forcadell Álvarez

Costa, de la escritura a la política

Una vez más, la figura de Joaquín Costa corre el riesgo de ser olvidada, malinterpretada o manipulada. Para comprender a Costa, hay que situar su vida y su obra en el contexto de la cultura europea y española de su época

La mejor biografía de Joaquín Costa cumple ya medio siglo, desde que la publicara el hispanista George J. G. Cheyne en 1972. Desde entonces han evolucionado las maneras de escribir historia, disponemos de mucha más información sobre su persona y su obra escrita, y la biografía se ha consolidado como género histórico y literario con métodos propios: si el hispanista británico incorporó al título de la suya la definición de «el gran desconocido», muchos más motivos hay en la actualidad para insistir en su olvido en la historia intelectual de la cultura nacional española. Mejor fortuna biográfica han tenido recientemente sus contemporáneos Galdós o Emilia Pardo Bazán, por no hablar de Unamuno, Azaña, Ortega y Gasset, etc.

Las instituciones aragonesas han desarrollado un programa conmemorativo sobre el 275 aniversario del nacimiento de Goya (1746) cuando el de Joaquín Costa (1846) también cumplía sus 175 años. Conviene llamar la atención desde nuestro presente sobre esta ausencia historiográfica, pública, política, de Costa, sobre todo si se tiene en cuenta el unánime reconocimiento de su excelencia como escritor y político en su tiempo de que fue objeto por las élites políticas e intelectuales de la nación: los intelectuales más lúcidos de la primera mitad del siglo, Ortega y Azaña, ajenos a cualquier tipo de casticismos, le respetaban, le tenían presente y le reconocían como precursor de la europeización de España.

Costa desconocido, pues, mal conocido, sobre todo, manipulado, por la dictadura de Primo de Rivera en primer lugar, por la dictadura franquista luego, hasta que hoy las organizaciones del Alto Aragón de Vox convocaron actos en febrero del pasado año en Huesca y en Monzón, en el 110 aniversario del fallecimiento de «un modelo de español y patriota», en una perversa utilización del recuerdo de un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, laico, republicano, ejemplar liberal de su época.

Para criticar, y demoler, usos públicos tan interesados como injustificados de Costa hay que comenzar por bajarlo del pedestal en que fue colocado como hombre excepcional ascendido a un panteón que lo situaba fuera de la historia, fuera del tiempo, del suyo y del nuestro, un proceso en el que



HERALDO

también colaboraron fervientes 'costistas'. Su figura ha de ser anclada en la cultura europea y española de su época, una persona y una biografía que no constituyen ninguna anomalía en un tiempo en el que el camino de sabio y hombre de letras a político es un paisaje habitual, iniciado también desde una condición social humilde, como Zola (1840), que pasó de empleado de librería a oráculo nacional, o el autodidacta dublinés Bernard Shaw (1856).

Joaquín Costa quiso ser y fue un hombre público y un escritor público, estudioso, profesor, notario, historiador, que esperó hasta sus 50 años (1896) para intervenir en la vida política proponiendo programas políticos para la España de fin de siglo, algo que llevó a cabo con gran repercusión, pero que no duró más de 6 o 7 años, desde que en 1896 se presentó a las elecciones por Barbastro, pasó a liderar la Liga Nacional de Productores (1899) y la Unión Nacional (1900) y hasta que obtuvo el acta de diputado republicano por Zaragoza en 1903, antes de retirarse, desencantado, de la actividad política, que no de la escritura.

Su obra, aparentemente dispersa –sobre todo cuando sus exégetas la han troceado inmisericordemente: Costa jurista, sociólogo, historiador, filólogo, geógrafo, economista, novelista–, se caracteriza, bien al contrario, por una

«Todos los trabajos y los días de Costa confluyen en una crítica económica, ejemplar y muy bien fundamentada para su tiempo, del Estado español»

radical unicidad y coherencia, de la que él era muy consciente, y que es preciso reconstruir tras la meritoria empresa, interrumpida, de editar unas obras completas (Ed. Guara, 1981). Como es necesario recomponer desde nuestro presente una biografía en la que su presencia pública ha de estar estrechamente relacionada con su vida privada, algo más posible desde la edición de sus memorias (2011) y diarios personales (2021) de Juan Carlos Ara.

Pues todos los trabajos y los días de Costa confluyen en una crítica económica, ejemplar y muy bien fundamentada para su tiempo, del Estado español, una crítica empírica y materialista desplegada en numerosos escritos, artículos, libros y discursos, cuyo objetivo era mejorar las condiciones concretas de la existencia cotidiana de los agricultores y de los ciudadanos, y una paralela y resonante crítica política del funcionamiento del Estado de la Restauración que alcanzó su cumbre con la publicación de su 'Oligarquía y caciquismo' (1901), un aldabonazo en la opinión pública comparable al que dio Zola en Francia con su 'Yo acuso' (1898).

Joaquín Costa, «el baturro más adorable» que dijo haber conocido Giner de los Ríos, «el hombre bondadoso al que le gustaba leer a Julio Verne», al decir de Rafael Altamira, fue uno de nuestros escritores y políticos más notables, un liberal ejemplar en la España y en la Europa de su tiempo, mal conocido, sí, y por tanto, y por lo que se ve, en riesgo de ser otra vez manipulado.

Carlos Forcadell Álvarez es catedrático de Historia Contemporánea, profesor emérito de la Universidad de Zaragoza y miembro de Apeuz

EN NOMBRE PROPIO

José María Serrano Sanz

2022 desde 1982

Se cumplen ahora cuarenta años del Estatuto de autonomía de Aragón. ¿Quién hubiera podido imaginar en 1982 el mundo de 2022? Era algo que estaba fuera de toda posibilidad, por supuesto. También en economía. Si nos hubieran hecho entonces la pregunta habríamos contestado, seguro, bajo la óptica de la confianza en el progreso. Habríamos dicho que en 2022 íbamos a ser más ricos, y en eso hubiéramos acertado, pero, de entrar en los detalles, los errores hubieran sido clamorosos, porque solo podríamos haber pensado en más abundancia de lo ya conocido.

Imposible suponer entonces la existencia de un internet omnipresente, teléfonos móviles, ordenadores portátiles o los vuelos baratos, todo eso que constituye el soporte de la globalización ¿Quién podía ver venir a China al primer plano de la escena mundial o desvanecerse el telón de acero? ¿Quién era capaz de pensar en una Europa de 27 países, con una moneda común para muchos de ellos, cuando tan difícil parecía la propia integración de España? Tampoco era imaginable que fuéramos a convertirnos en tierra de inmigración para gentes venidas de todas las partes del mundo. O que asistiríamos a la propagación vertiginosa de una pandemia por todo el planeta, que nos confinaría en nuestro propio domicilio durante semanas. En fin, a lo que hemos asistido debería vacunarnos para siempre de la tentación de hacer profecías, por más prudentes que sean.

José María Serrano Sanz es académico de Ciencias Morales y Políticas y catedrático de Economía (Unizar)

Pablo Ferrer

Los Monster y el color

Era en blanco y negro, aunque fue estrenada cuando el color ya era común en el medio, en 1964. Se trata de la comedia más bizarra de la historia, con una familia inspirada en el rey Licaón y las criaturas de Shelley y Stoker; incluía una arquetípica belleza estadounidense de la época, Marilyn, a la que sus consanguíneos trataban de manera condescendiente por el sufrimiento que sin duda le provocaba su aspecto humano y rubicundo. La trama de 'La familia Monster' en el 1313 de Mockingbird Street arrancaba carcajadas a lomos de una sutil crítica social; el pequeño Eddie, hombre lobo, solía imponer la lógica frente a las ocurrencias del grotesco Herman, su padre, o El Abuelo, sabio loco de la familia, un no muerto de humor cáustico. El personaje de Lily, la madre vampira, se

beneficiaba del magnetismo de Yvonne de Carlo, pero su serenidad no derivaba necesariamente en cordura. Eran seres marginales con porte elitista, paradoja televisiva que lucía extrañamente coherente cuando se hacía el ejercicio de ser un Monster.

Casi 60 años después, ahíto de monstruosidades nada cómicas, asusta la cantidad de veces que se ve el presente en blanco y negro. Es más, la aparición de los colores resulta a menudo como la de peces de Siam de Coppola en la 'La ley de la calle', única concesión cromática del filme; esos peces se atacaban entre ellos, movidos por el instinto de supervivencia en un entorno claustrofóbico, condenados a esperar la muerte. También es complicado de olvidar el abrigo rojo de la niña en el horror ceniza de 'La lista de Schindler'. En 2022 hay legiones de humanos como peces de Siam, y aquél abrigo vuelve a evocar la sangre de los inocentes en demasados lugares de este mundo.